

En “Teoría de la vanguardia”, Peter Bürger plantea el concepto de obra inorgánica oponiéndolo al de obra orgánica. Esta última es considerada como un artefacto autosuficiente, autónomo y cerrado en sí mismo y -por el contrario- la obra inorgánica surge como un fenómeno de configuración construido alrededor de fragmentos o indicios parciales. Es decir que elude la idea de totalidad y genera imágenes a través de la reproducción de otras imágenes, apelando a estrategias de acumulación (de textos, objetos, materiales) en base a procedimientos de montaje que no hacen sino subrayar su sentido abierto o diferido.

Consideraciones oportunas para abordar la obra que Natalia Blanch y Erica Naito presentaron en el Museo Municipal Genaro Pérez hasta fines de Julio pasado. Más allá de la contingencia de la muestra, la propuesta volvió a poner de manifiesto procedimientos que particularizan al arte contemporáneo –entre otros- el de la exhibición entendida como un “espacio narrativo” (Bourriaud) en donde esos indicios parciales desencadenan sentido en la medida en que el espectador los lee como “texto” y relaciona los fragmentos distribuidos a lo largo de la muestra.

Pero también, porque en este proceso de configuración compartida se transparenta lo que le atrae a estas artistas y que es la mezcla entre actitud y técnica, entre percepción y procedimiento, entre experiencia de vida y acontecimiento estético.

Egresadas de la Facultad de Artes de la UNC, pero de distintas generaciones, se han conocido gracias a la lúcida intervención de la curadora de la muestra, Claudia Aguilera. Separadas geográficamente –Blanch reside en Bruselas y Naito en Córdoba- han trabajado a distancia a través de correspondencia epistolar. Todo un anacronismo en el mundo de las comunicaciones instantáneas, pero que desnuda la necesidad de entremezclar la experiencia

vivida alrededor de la consumación de una obra minuciosa que necesitaba de tiempo y espacio para ir materializándose con parsimonia, minuciosidad y obsesión, a medida que las cartas cruzaban el océano.

Producto de una esforzada tarea física (recortar, bordar, calar, entretejer) ejercida mediante la manipulación de algo muy frágil (hilo, papel de seda) las obras de ambas artistas -pequeños indicios montados en el espacio- no dejan de subrayar una condición efímera y transitoria. No es gratuito señalar que Blanch organiza nuevas obras a partir de los restos de otra y a la fragilidad de sus calados y tejidos les opone su obstinada resistencia: nada desaparece del todo, nada se satura, nada tiene el carácter de cosa concluida.

Por su parte Naito trabaja mayormente con hilos tensados en espacios reales (la misma sala, su intervención en el patio de una vivienda) y en este caso la persistencia puede entenderse como una experiencia de la soledad en soledad. Con enorme paciencia ubica y reubica los hilos, para luego abandonarlos a su propio curso, se deshacen con el correr de los días. Son una incrustación en el emplazamiento elegido, convirtiéndose –con el paso del tiempo- en emblema de lo circunstancial, de lo fortuito, de lo azaroso y -en última instancia- de lo inevitable.

Ambas artistas ponen a prueba su propia voluntad en base a iniciativas manuales exigentes que les posibilitan –como dijimos- entremezclar de forma alegórica la experiencia estética con aspectos finitos e infinitos de la condición humana. Son en estas operaciones en donde se reconoce una discursividad que entiende al arte como un sistema de decisiones. Sistema que supone en el arte contemporáneo un proceso de abstracción y conceptualización cuyo fin es “aislar” o mostrar algo para hablar de otra cosa.

Por ejemplo, inferimos que un simple tejido colgado en la pared quiere decir algo más cuando –separado del muro de la sala- proyecta la palabra “Hoy”, que recién se puede percibir en la sombra que proyecta. Este tejido tiene un “excedente semántico”, es una existencia en la que podemos reconocer una idea que afecta a lo humano sin mostrarnos en ningún momento la figura

humana. Lo que sí nos muestra son materiales del mundo cotidiano y un desplazamiento de las habilidades esperables –como las llevadas a cabo por Blanch y Naito- para acentuar la paciencia en la configuración. También allí algo se proyecta que no es del régimen de lo figurable, porque establece la dimensión del tiempo consumido y – a través de ello- el de la vida misma.

Una discursividad que se difunde a través de procedimientos de afirmación retórica que – como en este caso- solicitan y a la vez difieren la significación, porque lo que se pretende mencionar no es del orden de lo representable sino como falta o ausencia. Por ello mismo, el objetivo del artista contemporáneo es el de conformar “bloques de sensaciones” (Deleuze) a través de estímulos que permitan “hacer ver”.-

Gabriel F. Gutnisky
Miembro de la AACAA y AICA